

1. La idea europea: utopía y realidad

Antes de convertirse en proyecto y en realidad, Europa fue una idea. O, mejor dicho, un conjunto de ideas. Estas reflejaban lo que se entendía que debía ser Europa a lo largo de las distintas etapas de su historia. Por lo tanto, es imprescindible analizar primero la aportación de la «idea de Europa», que inspira de un modo u otro la construcción de la unidad europea estudiada en los capítulos siguientes.

La idea de Europa es una semilla que verá sus primeros frutos con el impulso que da, después de la Primera Guerra Mundial, a los proyectos concretos de construcción europea. Posteriormente, como consecuencia de la Guerra Civil Europea —la Segunda Guerra Mundial— y del impulso de la sociedad civil, surge el proyecto europeo supranacional de nuestros días que sigue en gran medida vigente setenta y cinco años después, aunque con un mayor desarrollo.

Sin embargo, lejos de detenerse ahí, la idea de Europa ha acompañado todo el proceso de construcción europea

en sus seis etapas. Así, en los cincuenta inspiró los primeros tratados que pusieron en marcha el «federalismo de los pequeños pasos» y, en los sesenta, el denominado milagro europeo.

Como consecuencia de la caída del Muro y del fin de la Guerra Fría, a finales de los años ochenta esa idea impulsó la reunificación alemana y la reconciliación del continente e hizo posible, en los noventa, la expresión de naturaleza política de la UE. Finalmente, a principios del siglo XXI y después de los actos terroristas del 11-S contra las Torres Gemelas, la idea de Europa volvió a tomar fuerza, inspirando un modelo de constitución para Europa diferenciado del norteamericano. También hoy, cada vez que se habla del presente y el futuro de Europa, es inevitable volver a reflexionar sobre los fundamentos de la idea de Europa, y comprobar que sigue siendo fuente de inspiración federal en este proyecto todavía inacabado.

La idea de utopía de Tomás Moro y Erasmo de Róterdam

El concepto de «utopía» fue definido por Tomás Moro en 1516 como una isla imaginaria con un sistema político, social y legal perfecto. La Real Academia Española de la lengua recoge en gran medida la aportación de Moro, que fue posiblemente el primer utopista, o el primero en abordar este concepto desde el pensamiento. Así, hoy tiene dos acepciones: la primera, «Plan, proyecto, doctrina

o sistema ideales que parecen de muy difícil realización» y la segunda, «Representación imaginativa de una sociedad futura de características favorecedoras del bien humano».

Tomás Moro (1478-1535) es el máximo exponente del movimiento humanista en Inglaterra, puente entre la literatura medieval y la de la Modernidad. Para él, la utopía responde a una proyección humana de un mundo ideal. Unas veces la concibe como idea puramente nostálgica de una pretendida edad dorada y otras como motor que impulsa realmente la sociedad. El descubrimiento de América, por otro lado, le proporcionaba un campo de experimentación utópica en el Nuevo Mundo. No obstante, él consideraba irrealizable la utopía en Europa, que desde el primer contacto con América se convirtió en el «viejo continente».

A su vez, Erasmo de Róterdam (1466-1536), con su *Elogio de la locura* y con el tratado *Dulce bellum inexpertis*, es considerado por el historiador de Europa Denis Rougemont como uno «de esos grandes hombres del siglo XVI que no hablan de Europa porque, en suma, no ven nada más que ella». A diferencia de Moro, él sí apostaba por trabajar por la utopía en Europa y hacerla realizable.

Erasmo era holandés de nacimiento, pero se identificaba como europeo, después de vivir en Bruselas, París, Inglaterra y Suiza, de visitar buena parte del continente y de tener relación con las principales escuelas de pensamiento de entonces, algo insólito para esa época. Por ello, a menudo se lo llama «el primer europeo», y no es

casualidad que el programa Erasmus de la Unión Europea, que se basa en facilitar la movilidad por Europa, del que hablo más detenidamente en otro capítulo, lleve su nombre y recoja esta tradición de transformar la utopía en realidad.

Además, fue de los pocos autores del continente que participaron en las universidades británicas, concretamente en Oxford, donde conoció a Tomás Moro y convivió con él en una intensa y fructífera relación académica. De hecho, fue Erasmo quien llevó a imprimir la célebre obra de Moro, *Utopía*, a Lovaina. Este vínculo entre ambos hizo que Erasmo tuviera muy presente la idea de trabajar para convertir la utopía en parte de la realidad y entendiese que la utopía es irrealizable de momento, pero puede servir para inspirar y guiar las transformaciones presentes y futuras. Ya en el siglo XX, Berger señala que la utopía viene con instrucciones para implementar el modelo.

Los albores de la idea europea: de Dante a la Revolución francesa

El origen de la idea europea como fenómeno de carácter cultural y político está en el Renacimiento, aunque podemos encontrar antecedentes más remotos como la obra de Dante (1265-1321) *La Monarquía*, en el siglo XIII. Hasta entonces, Europa solo tenía carácter geográfico. Antonio Truyol recuerda que, si bien es cierto que las raíces de Europa llegan hasta la Antigüedad grecorromana,

pasando por la Edad Media cristiana, no lo es menos que Europa, en tanto que entidad histórico-cultural y política pertenece a la modernidad, especialmente a partir de la Revolución francesa.

Desde el Renacimiento, los términos «Europa» y «europeo», bajo la pluma de los humanistas, se van generalizando con referencia a una entidad cultural y política, apartándose del uso medieval, que les daba un sentido meramente geográfico. Todavía en este periodo, y pese a la división del cristianismo europeo en la Reforma y su difusión fuera del continente, se mantuvo la vinculación histórica entre la Cristiandad y Europa.

No obstante, un proceso de secularización del pensamiento consumó la evolución terminológica, separando ambos conceptos y relegando «cristiandad» al ámbito religioso, tras lo que «Europa» quedó como un vocablo más neutro relacionado con las transformaciones políticas que se producen a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Así, Europa se constituyó políticamente como un conjunto de Estados soberanos que, al liberarse de la tutela anteriormente ejercida por el Papado y el Imperio, defendían su reciente independencia.

Aunque sí el carácter religioso, lo que no desaparecería ni en lo cultural ni en lo político es el sentimiento de unidad que caracterizaba a la Cristiandad occidental. Este sentimiento prescinde progresivamente de sus ingredientes religiosos e incorpora otros nuevos característicos de la modernidad y derivados de la génesis del Estado moderno, influenciada por autores como

Voltaire, si bien este no va a asumir completamente la idea utópica de Europa. El científico Isaac Newton refleja ese impulso no religioso de la noción europea al afirmar en 1767: «Veo con placer que en Europa se forma una república inmensa de espíritus cultivados».

Este sentimiento de unidad va a ser un estímulo para la emergencia de proyectos de organización confederal o federal de Europa, que a menudo surgen en contextos posbélicos ante un sentimiento de fracaso por el enfrentamiento de miembros que se sentían de una misma entidad histórico-cultural claramente diferenciada del resto del mundo.

En un plano más próximo a la realidad política vivida como tal, la perspectiva unitaria halló asimismo expresión en fórmulas como «sistema de Estados europeo» o «sistema político de Europa» y «concierto europeo», que sirvieron, después de los congresos de Westfalia (1644-1648) y de Viena (1814-1815), respectivamente, para designar la Europa política considerada como un todo, un conjunto en cierto modo solidario por encima de los antagonismos propios de soberanías.

Sin embargo, existen varios proyectos sobre la unidad europea anteriores a la Revolución francesa. Entonces se entendía la misma como una unión de príncipes, bien fuera de forma imperial o de sumisión a un soberano superior. Hasta entonces no se concebía en ningún caso como una unión de pueblos considerados como sujetos políticos, ya que todavía no se había hecho realidad el principio de democracia moderna.

Quizás uno de los primeros autores en plantear esta idea es el abad de Saint-Pierre (1658-1743), que en 1713 escribió *El proyecto de tratado para hacer que la paz sea perpetua entre los soberanos cristianos*. En él, señala que la federación proyectada, basada en la soberanía religiosa y de espíritu legitimista, tiene como órgano supremo un senado, cuya función esencial es dirimir los litigios, asistido por una secretaría permanente, y sus decisiones serían impuestas coercitivamente por un ejército federal.

El barón de Montesquieu (1689-1755), artífice de la moderna división de poderes, explica en *El espíritu de las leyes* cómo el medio jurídico condicionará el sistema político y cómo los grandes Estados con grandes ríos producen sistemas políticos federales mientras que los que no los tienen producen sistemas unitarios. Es por eso por lo que, si hacemos caso de Montesquieu, en la actualidad Francia, que carece de un sistema de ríos navegable, es un Estado unitario, mientras que Alemania, que sí lo tiene, es federal. Además, el autor era un convencido de la idea europea, prioritaria sobre la del Estado nación. En una declaración en la que parafrasea a Francisco de Vitoria, concluye: «Si supiera alguna cosa útil a mi patria y que fuera perjudicial para Europa y el género humano, la consideraría como un crimen».

También Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), uno de los grandes pensadores que más influyó en la Revolución francesa y que sentó en gran medida las bases del nacionalismo moderno, se ocupó sin embargo de la idea de una federación europea. Rousseau estimaba inviable el

proyecto de Saint-Pierre, por la natural resistencia de los reyes absolutos a una limitación de su poder, por lo que según él solo podía conseguirse mediante una revolución. Ante el elevado precio que esta supondría, señalaba como una alternativa intermedia las federaciones de los pequeños Estados, que pueden contrarrestar el poder de los grandes. Para él, los pequeños son los únicos compatibles con la libertad. Aun así, tal y como recuerda Henrik Brugmans, Rousseau no fue partidario de la «Federación europea».

Europa como medio para la «paz perpetua» de Immanuel Kant

Se suele considerar a Immanuel Kant (1724-1804) como el pensador que formuló por vez primera el principio de federación de pueblos en su obra *La paz perpetua* (1795), que escribe después de la Revolución francesa, al parecer influido por los dos anteriores autores, y que desarrolla de forma más completa la idea de Europa, yendo aún más allá al plantear la necesidad de una organización de Estados basada en una Constitución republicana donde ya está presente la división de poderes de Montesquieu, el antecedente de lo que hoy entendemos como una fórmula política, democrática y pluralista.

El proyecto de Kant es jurídico y no ético, y está fundamentado en la racionalidad, ya que no pretende que los hombres puedan volverse mejores, sino que busca

1. La idea europea: utopía y realidad



Retratos de Kant, Saint-Simon y Victor Hugo, grandes pensadores de la Unión Europea.

construir un orden jurídico y político en el que la guerra no solo sea ilegal sino imposible. Esto es algo que recoge Schuman en 1950. Para él solo habrá paz si hay una federación de Estados en la que ninguno se imponga sobre los demás.

La amplitud y la vivacidad de las discusiones que suscitó en Alemania el proyecto de Kant se explican por el interés que ya había provocado en la élite prusiana el redescubrimiento de los planes de Sully y del Abad de Saint-Pierre. En cuanto a la influencia que ejercieron muy rápidamente las ideas de Kant, queda acreditada por la publicación, cinco años después de *La paz eterna*, de un importante ensayo de Friedrich von Gentz (1764-1832) que lleva casi el mismo título.

La visión utópica de Henri de Saint-Simon, Carlos Krause y Victor Hugo

Henri de Saint-Simon (1760-1825) desarrolla bastante esta idea, unas décadas después, desde una visión utópica, al concebir Europa como Estado federal, que surgirá entre Francia, Gran Bretaña y Alemania, cuya reunificación prevé. La representación de Estados en el Parlamento central tendrá que incluir, entre otros, a científicos y hombres de negocios. Para hacer visible el proyecto, exige que sean sistemáticamente homogéneos los Estados que se unen. A la dimensión federal y política, este autor añadirá, además, una dimensión económica y técnica, como

consecuencia de su visión sobre la industrialización del siglo XIX. Sitúa el problema europeo en el terreno de los intereses económicos y de los compromisos sólidos y establece, asimismo, la necesidad de desarrollar un proyecto por fases, que son el antecedente de lo que después se llamaría «el método funcionalista de los pequeños pasos». En cuanto a la organización política, coloca a un Parlamento por encima de los intereses nacionales.

En 1814 aparecerá el proyecto de una federación de Estados europeos como base para la paz, del filósofo alemán Carlos Krause (1871-1832), fundador del krausismo, corriente filosófica que inspiró a muchos centros académicos de gran influencia en España, ligados a proyectos de renovación educativa. Su enfoque de la federación es original, ya que propone que es un paso en el camino de la organización del mundo, basado en la idea de la humanidad. Krause sostiene que el proceso será facilitado con el establecimiento de nuevos continentes, escalón intermedio para una federación jurídica de la Tierra.

Por último, habría que destacar quizás, ya en la mitad del siglo XIX, a un autor más conocido por sus obras literarias, Victor Hugo (1802-1885), que propugna la creación de los Estados Unidos de Europa. Significará un esfuerzo de delimitación conceptual más riguroso de la idea de una Europa unida, en función de las condiciones históricas del momento.

Un hito importante en el desarrollo de los proyectos de unidad europea es el Congreso de Ciencias Políticas celebrado en París en 1900. Destaca el papel que jugó el

francés A. Leroy-Beaulieu (1842-1912), quien no defendía un Estado federal, sino una confederación parecida a la antigua Confederación Germánica (1818-1866). Veía como un peligro la amenaza potencial del Imperio ruso, que entendía como lo que hoy llamaríamos un «federador» externo, decisivo para la formación de la confederación. No incluía a Gran Bretaña, debido a la magnitud de sus intereses extraeuropeos.

Tal y como hemos visto, ni el sistema imperante desde la Antigüedad hasta la Revolución francesa ni el Concierto de Estados nacidos después de las guerras napoleónicas fueron dotados de una organización adecuada. A lo más que se llegó fue a la reunión de Congresos del Directorio Europeo. Este sistema no resistió el auge del nacionalismo, cada vez más exacerbado.

El antagonismo entre nacionalismos provocó la Primera Guerra Mundial. Como dice Antonio Truyol, «en la tensión dialéctica entre fuerzas centrífugas y fuerzas centrípetas se habían impuesto finalmente las centrífugas». Las centrífugas están en gran medida influenciadas por las corrientes utópicas nacidas de Tomás Moro, Erasmo de Róterdam y Saint-Simon. Como es sabido, las primeras son las nacionalistas y las últimas, las que ya defienden el ideal de Europa, que como hemos visto en estas líneas está presente desde al menos los siglos XVIII y XIX.